

LA NAVARRA FORAL Y ESPAÑOLA

ENSAYO DE UNA SINTESIS HISTORICA

En el principio de Navarra eran los vascones, que es decir «montañeses». Gente hirsuta, montisca y arisca. Aníbal los llevaba en su hueste cuando cruzó los Alpes y cuenta Silio Itálico que «peleaban con la cabeza descubierta y sin armaduras». En una heroica intemperie.

Es por entonces cuando Roma se mete en Navarra por el camino real del Ebro. Al correr de los años y salvo el núcleo montaños indómito, la «romanización» de los vascones fué tan intensa que Paulo Orosio en el ocaso del Imperio, los calificará de «más romanos que los romanos mismos».



Con la «Roma cuadrata» del Derecho civil se introdujo en Navarra la «civilización». Y la lengua. Los labradores, al timón de su arado celtíbero hablaban el latín de Salustio. Marcial canta en hexámetros la vega de Tudela donde el olivo, la vid y el cereal traducen la campiña romana y un ribero de Calahorra—Quintiliano—irá a Roma a enseñarles latín a los latinos.

Pero esto es principal: reinando Roma se derramó en Navarra el Cristianismo. Nos lo trajo en su boca, florida de milagro, San Saturnino, el «San Cernin» que en la Tolosa narbonense, blanca de pórticos y templos, paseó su cuerpo de mártir en las astas de un toro. Y Honesto, su discípulo. Y «San Fermín», hijo de Firmo, el senador de Pompeyópolis.

Gracias a ellos el astro lúcido de las Epifanías alumbró la noche pagana de «plenilunio» y «aquejarre» en que el vascón vivía.

Después, la Roma de los Césares rueda abatida por huracanes góticos. De nuevo el Ebro es el vial azul por donde godos rubios y árabes cetrinos inician la osmosis racial.

Sobre los torsos de las estatuas y las lápidas imperiales arraigan los olivos regados por acequias morunas.

Y es en el aire del 700 cuando Roma revive en Carlomagno el Imperio, la Catolicidad. El Gran Rey de la barba florida cruza Navarra por combatir al sarraceno. Y a la vuelta fué «la de Roncesvalles».

Se ha dicho que la de Roncesvalles es la batalla de una tribu de bárbaros contra la Civilización. Carlomagno representa en la noche de la Edad Media lo romano unitario frente a lo bárbaro disgregador, la voluntad de Imperio en el amanecer del Feudalismo. Mas, se olvida que aquellos montañeses que hicieron blanquear de huesos las barrancas del Altobíscar, estremecidas del olifante de Roldan, servían, sin saberlo, un ideal nacionalista: «el de defender para España el valladar, blanco y azul, de la cordillera». Del Pirineo que, pese a Richelieu y al «Ya no hay Pirineos» de Luis XIV, marcaría la divisoria eterna entre la España grande y la Francia alevosa y morbosa de Francisco I, de Voltaire, de León Blum.



Anotemos este detalle insigne: Carlomagno—capa escarlata, penacho negro—se volvió a su Aquitania, pero dejándonos en Ibañeta, el primer monasterio de Roncesvalles.

¡Qué profunda la huella de lo monástico en la historia navarral Medio siglo antes de Carlomagno, en los tiempos de Amaya, el eco de los primeros bronce monacales ahuyentó de los bosques drúidicos el fantasma del «Basajaun». Ya había para entonces ermitaños y monasterios. Y cuando cien años más tarde San Eulogio llega a la falda del Pirineo se encuentra en Leyre a cien benedictinos que cantan la liturgia, que comentan a Séneca y Platón y esparcen el saber isidoriano por los surcos parejos del Trivium y el Cuadrivium.

San Benito—riguroso y severo como un arco de piedra—representa a Roma y de sus monasterios organizados en monarquías nació la monarquía pirenaica. La cogulla exaltó a la corona sobre el pavés del triunfo y a la sombra del claustro fueron ungidos nuestros monarcas primerizos: **Iñigo Arista, Sancho el de Jas Abarcas... Reyes de abarca y de loriga, pas-toriles** y fazañudos. En Leyre reunían sus Consejos y no faltó en su número quien, al fin de sus gestas, trocarse la corona de hierro por la cogulla penitente. En un simbólico intercambio.

Tras de ellos el alud de la Reconquista baja rodando del Pirineo a las llanuras. Que el Pirineo fué como el bordón de donde penden los escolares mapas. Al empuje de la riada sarracena, la España visigoda se arrolló a él, y el secular proceso de la Reconquista consistió en ir desenrollando hasta Tarifa, todo el mapa de España.

Pero aún España *no es sentida* en los primeros siglos de la lucha y era Castilla *un pequeño rincón* más allá de Fitero, el *hitero* de peñasco volcánico.



Quien por primera vez habla de España *presintiéndola* es nuestro rey Sancho III a quien llama la historia *Emperador*. Él representa la antefigura de los Reyes Católicos en los albores del milenario. Cuando Pamplona relucía como la sede del cristiano saber y ya los peregrinos de Compostela llenaban los caminos de Roncesvalles bajo un alto sendero de estrellas.

Mirando a nuestro Rey Emperador, el romance llama a Navarra «*radix Hispaniae et mater regum*». Raíz de España y madre de monarcas. Pues todavía la voluntad de Imperio es prematura y a la muerte de Sancho tres coronas se partieron su herencia.

Quedaba, sin embargo, algo común, religador: *la religión, la catolicidad*. Por católicos van los navarros a la batalla de las Navas en donde Sancho el Fuerte «el mejor caballero que jamás montó en silla», rompe a mazazo limpio la muralla de carne y de hierro que guardaba la tienda verde del Emir. Por católicos fueron a la Cruzada de San Luis con su rey Teobaldo el poeta. Guillermo de Aneliers nos contará que por tierras de Túnez pelearon una vez en camisa:

«No parecían hombres sino diablos

•Saltando sin temor a la muerte y a las heridas.

Con Sancho el Fuerte—el del águila en el escudo—Navarra cuaja como reino cristiano y recorta en los mapas su preciso perfil. *Perfil de águila boca abajo*; las garras afincadas en la montaña; en el Ebro la cabeza avizor para atacar y defenderse de los reinos vecinos. Porque Castilla, y Aragón y Navarra malgastaron en contiendas civiles siglos preciosos.

Hasta que un día....

(Bajo el cielo del gótico sigue pasando la procesión de nuestros Reyes. A los reyes guerreros suceden reyes trovadores, príncipes humanistas, princesas de leyenda, encantadas en palacios de maravilla—Olite, Orthez—. Y en las postrimerías del medioevo, la pesadilla roja y negra de la guerra civil. *Agramonteses* y *Beaumonteses*. Cuando decía el Dante refiriéndose a nuestro Reino: «Beata tierra si estuviese unida detrás de sus altas fronteras».

En un barranco cerca de Viana ha quedado un cadáver desnudo y fuerte como una estatua de Donatello. Los que le acribillaron a lanzadas no saben que era *César Borgia*.)



Hasta que un día, un mozo aragonés que marcha de mesón en posada con disfraz de mulero llega a Valladolid a conocer a una princesa nacida en Madrigal que era «muy blanca e rubia, los ojos entre verdes e azules».

En los dos se engendraba un Imperio. «¡Hágase Español» es el apóstrofe materno que Isabel va gritando de ciudad en ciudad. Fernando, mientras, sueña con una España que esté *unida y en orden*. (Así lo ha oído de sus labios un florentino embajador, que es amigo de Maquiavelo).

Mas, para hacerla *unida y una* falta Navarra «regno benche piccolo, pero molto opportuno e di grande securitá alle cose di Spagna». Un reino falta cuyo catolicismo no podía quedar al margen de las gestas hispanas y cuyo histórico destino viene marcado, desde los días de Roncesvalles, por el imperativo geográfico de los Pirineos.



Lo sabe esto Fernando y aguarda la ocasión, que era sentencia suya aquella de «háse de meditar despacio y ejecutar de presto». Y cuando llega el día en que Navarra se interpone en la tensa rivalidad de la España naciente y la Francia ambiciosa de Luis XII, de Francisco I, el viejo reino pirenaico queda al fin para el vencedor. *Pro-víncere*.

Provincia, antes de España que de Francia.

Un cardenal, huesudo y enterizo, la ayunta, *sub-yugándola*, al yugo del Imperio: *Cisneros*. Transcurre un siglo y un cardenal gabacho de intención y perilla afiladas la apetecía para su país: *Richelieu*, que, con vistas a la expansión francesa, deja escrito en su testamento (1629):

«On purrait penser encore a la Navarre espagnole... et a la Catalogne».

¿Poder pensar...? Ya es tarde. Navarra será siempre española. Castilla al engazarla a su corona le dió la paz y justicia. Y Castilla, que aprendió de Fernando cómo la nacionalidad se forja en torno a empresas grandes, incitadoras, puso ante ella la deslumbrante gloria del Imperio.

«Merecía la pena ser súbdito del Hispaniarum Rex» acabará por confesar Campi3n sinceramente.

Por eso en todo el siglo XVI Navarra está donde esté España en las empresas nacionales. Con Col3n llega a las Am3ricas donde dar3 Virreyes y Emperadores. Y va a Mil3n y 3 T3nez, y a las dunas de Flandes llevada del mismo aire aventurero que presidi3 su Expedici3n a Grecia en los d3as de Carlos el Malo.

Nobles *beaumonteses* luchan en Villalar y en Tordesillas bajo las 3guilas imperiales de Carlos V. Navarro noble y de familia *agramontesa* es Francisco Javier, el que en el siglo «esencialmente misionero» lleva al Oriente-misterioso de Marco Polo el imperio espiritual de los espa3oles. Ponderando lo cual el Padre Isla en su «D3a Grande de Navarra» refiere lo del Rey de Amanguchi, que asombrado de lo que hab3a visto en el Ap3stol lleg3 a decir que «m3s estimar3a ser navarro que rey de doce reynos».

Pero Castilla que di3 justicia, y paz, y horizonte ecum3nico a Navarra LE RESPET3 LOS FUEROS, y es el propio Fernando, fundador del Imperio, pol3tico el m3s sagaz de su 3poca, quien los consagra solemnemente en las Cortes de Burgos (Junio de 1515).



Desde entonces *la caracter3stica de Navarra ser3 la de una foralidad, no s3lo compatible, sino ligada estrechamente con la unidad de Espa3a.*

Espa3oles—no vascos—son nuestros fueros escritos en la lengua de Castilla y cuyo m3s viejo ejemplar se encabeza de esta manera: «Aqu3 comienza el primer libro de los Fueros que fueron fayllados en Espaynna, ass3 como ganaban tierras sin rey los montaynneses».

¡Guárdense su recelo los que no entiendan cómo puede coexistir el afán por España con el cariño por lo regional celoso, llevado hasta la puntilliosidad en ocasiones!

«Toda es puntos y puntillos Navarra», escribía Gracián a mitades del siglo XVII. Pero por esta misma época Richelieu invade España, poniendo cerco a Fuenterrabía y Navarra, (¿on purrait penser encore?) alista 26.000 soldados a los que paga y municiona «sin que le cueste al rey un maravedí» Rasgo que hace exclamar al cronista Bastida: «Que perdonen los demás Reynos y provincias, que servicio de esta naturaleza no lo ha hecho a la Nación sino Navarra dentro de sus estrechos límites y extremada pobreza».

Llega la guerra de Sucesión donde más que un problema dinástico se debatió el gravísimo problema de la unidad de España, y Navarra combate bajo las lises de Felipe V, en tanto que Aragón, Cataluña y Valencia se jugaban los fueros a la carta—caballo y rey—del Archiduque.

Y no transcurre la centuria sin que Navarra dé otra muestra de patriotismo. La fecha es decisiva: 1793. En un cadalso de París la guillotina siega la pálida garganta de María Antonieta, Reina de Francia y de Navarra. Farruca la revolución, quiere meternos en España su veneno liberal, premarxista. Navarra moviliza 23.600 hombres y al siguiente año alista en trece días 30.000 más «dispuestos—dice Iribas—a morir por la Patria antes que reconocer otra dominación que la de Su Majestad».

Pocos años después reproduce la gesta y el gesto al luchar contra Bonaparte, el heredero universal de la Revolución. *Mina* y su División de montañeses reviven las virtudes añejas de un pueblo de valientes y en el aire de España, la jota ribereña queda como un recuerdo de heroísmos. La jota, arisca y brava, que nos trajeron nuestros voluntarios de los sitios de Zaragoza.



Napoleón se va por cielos de derrota, pero nos deja el virus del 89, tricolor como sus banderas: libertad-liberalismo, igualdad-marxismo, fraternidad-masonería.

La Vieja España habrá de rebelarse contra lo extranjero y he aquí, so la capa de una cuestión dinástica, el origen y esencia de las *guerras civiles*. Del Ebro al Pirineo brotan las boinas rojas en un copioso florecer «¿A dónde vais bárbaros navarros?», les grita el enemigo a los carlistas cuando atacan Bilbao. Navarros son los Guías

de Zumalacárregui que entran cantando en los combates, como los héroes antiguos. La Navarra foral da su sangre *por el Dios, por la Patria y por el Rey de los españoles*.

Y si alienta y sostiene la lucha es porque en ella la Tradición arraiga con más fuerza que en el resto de España y porque tiene la persuasión clarividente de que el liberalismo encierra el germen de futuras desgracias nacionales.

Y cuando llega la ocasión suprema, (1936. La Patria esclava al borde del abismo) se hacen realidad y profecía las palabras de Shakespeare:

«Navarra será un día el asombro del Universo».

En las primeras— ¡decisivas! —semanas, Navarra derramó sobre todos los frentes la riada—roja y azul, contagiosa de fe y valentía—de sus *cuarenta mil voluntarios*. Voluntarios que dejaron la siega para subir en los camiones que habían de llevarles a la sierra. Juntos el amo y el criado. Juntos el padre y el hijo... ¡y el abuelo!

Navarra dió carácter y tono al despertar de España.

Preparada a la lucha ante el amago de un agravio foral (cambio de su Diputación), acreditó su recio españolismo *sacando a relucir antes que nadie la bandera española*.

Su aportación guerrera, tan copiosa, redimió al Movimiento de toda tacha partidista o de pronunciamiento, infundiéndole un aire de *explosión popular, de pueblo en armas*, de alzamiento patriótico.

Por último dió a éste aliento de Cruzada religiosa, de Reconquista. Cruzados eran sus voluntarios que comulgaban antes de combatir y llenaban su pecho de cruces y medallas. Su consigna primera, ¡Por Dios y por España! era el eco del ¡Dios lo quiere! con el que un arzobispo navarro—Don Rodrigo Jiménez de Rada—predicó la cruzada contra los almohades.

El por qué de tan singular aportación no es otro que este: Porque Navarra, a través de toda vicisitud, aceptó a conservar lo que es *raíz de*



España, lo que, según Menéndez y Pelayo, forjó nuestra unidad como nación y exaltó nuestro poderío: la Tradición, la fe católica.

«Dejar España de ser católica, era dejar de ser», se había dicho. Y ambas cosas estaban ocurriendo. En plena apostasía de las masas, disuelta en banderías, rota en separatismo, nuestra Patria, ya en las garras del Mónico, precipitábase a su destrucción.



En este trance, Navarra es la primera en acudir a redimirla. Y a revivirla. Porque había sido *arca* guardadora. Y porque supo ser *concha* derramadora, bautismal.

JOSÉ MARÍA IRIBARREN.

